EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

GENIO Y FIGURA.

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN PROSA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N 9.
1861.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil:..
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobeza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido! ¡
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirliñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El antilio del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...

Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y María.

GENIO Y FIGURA...

PROVERBIO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE LA SEÑORITA

DOÑA JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe, en la noche del 6 de Abril de 1861.

LIBRERIA DE CUESTA

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR 9.
1861.

Á LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA TEODORA LAMADRID.

A la esmerada ejecucion de los actores, y muy particularmente á la de V., he debido en parte el lisonjero éxito que ha alcanzado este mi primer ensayo dramático. Al dedicársele, pues, satisface un deseo de su corazon la amiga, y paga una deuda de gratitud

La Autora.

713397

PERSONAJES.	ACTORES.
CARLOTA.....	Doña Teodora Lamadrid.
D. RAFAEL.....	D. Pedro Delgado.
D. SERAPIO.....	D. José Alisedo.

La escena pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Teatro, *y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.*

Los comisionados de la misma galeria son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de D. Serapio: puerta en el fondo y laterales, figurando la de la derecha un balcon. Muebles de lujo, y entre ellos una mesa con recado de escribir, y un costurero sobre el que se vé un bastidor con unas zapatillas empezadas, ovillos y madejas de estambre.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, D. SERAPIO.

D. Serapio sentado en la butaca lee un periódico: Carlota sale por el fondo.

CARL. Papá, papá, (Dando un grito.) papá; bien sabes que no me gusta llamar mas de una vez.

SER. ¡Silencio, aturdida! vienes á interrumpirme en la situacion mas interesante, cuando leia uno de esos episodios... Figúrate un viajero de Alemania, que en medio de los desiertos africanos es sorprendido de repente... casi una aventura como la mia, ya sabes, cuando en 1830...

CARL. Papá, déjate de tonterias y escucha.

SER. Vamos, ¿qué quieres?

CARL. ¡Qué he de querer! Que el tapicero no parece, y el cuarto de Rafael está todavia sin colgaduras; y ademas, que la modista acaba de mandarme recado de que el vestido de baile no podrá estar para el jueves. ¿Ves si soy desgraciada? ¡todo cuanto yo anhelo!...

SER. (Para sí.) El aleman, mudo, estático, y los salvajes rodeándole... ¡Oh! solo yo tengo presencia de ánimo para...

CARL. (Impaciente.) Papá, ¿no me oyes?

SER. Si, perfectamente; me decias...

CARL. Decia, que no tengo vestido para presentarme en el baile la noche que se firmen los contratos.

SER. ¡Cómo, sin vestido! No es posible, niña, la decencia exige...

CARL. Si no es eso: es que el que me estaban haciendo no podrá estar para el dia que le necesito, y será preciso aplazar la ceremonia ó presentarme con uno de los mios, ya conocido de todo el mundo.

SER. (Distraido.) ¿Y eso qué importa? Mira: un vestido blanco, unos lazos azules, y una coronita tejida con flores del valle...

CARL. ¡Ay! Eres inaguantable. ¿Dónde tenemos aqui las flores, los valles, ni cómo quieres que yo me presente como una pastorcita en medio de la córte?

SER. Pues mira, esas son cosas tuyas. Yo con arreglar los asuntos de la boda... Esto es lo principal, lo que reclama algun cuidado, porque tú, hija mia, de cualquier modo parecerás bien.

CARL. ¿De veras? Crees que mi primo...

SER. Sin duda ninguna. ¿Ignoras que eres su pasion, su ídolo? ¿No sabes que desde que en su niñez pasó á tu lado unos cuantos años, formó el proyecto de ser tu marido, y que es en sus proyectos un verdadero aragonés? Cuando hace dos años estuve en Zaragoza me complacia en oponerme á sus deseos y me repetia: «Carlota será mi mujer aunque se oponga el mundo entero.» Pero tú, hija mia, ya sabes lo que te he dicho: si no te parece bien... si encuentras en él algun defecto...

CARL. ¡Qué disparate! mi primo es muy guapo, y cuantos le han tratado afirman que tiene un corazon noble y generoso. Me tenia algo desanimada la idea de que en sus primeros años mostrase una condicion adusta, casi brusca; pero desde que me has asegurado que se ha corregido de este defecto...

SER. Si tal: yo le encontré amable, complaciente... y á pesar de que dicen que los defectos de carácter no se corri-

RBC/NcU

gen nunca, hallé á Rafael tan dulce y apreciable como antes era grosero y montaraz.

CARL. ¡Oh! ¿qué puede entonces faltar á mi ventura? Yo dócil, cariñosa, (Movimiento de D. Serapio.) porque bien sabes que lo soy; él amable y complaciente... nuestra dicha será envidiada por los ángeles! Pero, ¿qué veo? ¡Las once! Á las once llegaba la diligencia... corre, papá, corre, acaso Rafael se dirige solo hácia aqui.

SER. ¡Diablo! ¡Esto produciria mal efecto! Un novio que se presenta solo, causando sorpresa y aturdimiento general, es empezar demasiado pronto su papel de marido.

CARL. ¿Cómo, papá?

SER. Cierto, hija mia, solo un marido ó un padre pueden llegar á su casa á cualquiera hora, seguros de que no es inoportuna su llegada.

CARL. ¿Pero no vas?

SER. Si, si, al instante. (Toma el sombrero y el baston, y vuelve.) Ya sabes lo que te he encargado. Nada de sacrificios!... Nada de violencia... pero procura, hija mia, hacerte amar. Esta boda vá á hacer la felicidad de tu padre, de tu tio y de tu primo sobre todo, que hace doce años que solo piensa en tí...

CARL. Pero papá...

SER. Voy, voy, no te impacientes. (Se vá y vuelve.) ¡Ah! Sé atenta, complaciente... recuerda que el marido es el que manda: no olvides que mi mujer, tu santa madre, me obedeció en todo, fué esclava de mi voluntad, á pesar de que hizo siempre cuanto quiso y que... basta, ya me voy... ya me voy. (Váse.)

ESCENA II.

CARLOTA.

¡Gracias á Dios! ¡Qué machacon, qué pesado, es cosa de desesperarse con él! Le avisan de que su mejor amigo se está muriendo, y le es imposible acudir porque está dando consejos á doña Rosa, que tiene celos de su consorte, jóven de sesenta abriles, y... Le advierten que á su hija le ha dado un accidente, y no puede ir á socorrerla porque está refiriendo su famosa aventura de 1830, cuando camino de Portugal...—Vamos, se nece-

sita toda mi prudencia para poder vivir en paz! Si Rafael ha llegado... si papá no le encuentra... ¿cómo le pareceré? (Vá al espejo.) Creo que mi cara no puede parecer mal á nadie; y si en efecto me ama... si, le pareceré bien, el alma me lo dice: ¡si no fuese amable! ¡si conservase su carácter de niño! No quiero pensarlo. Los defectos se corrigen con la reflexion... cierto. ¡Yo misma me he corregido! Antes era... es decir, afirman que yo era caprichosa... violenta... ¡Qué locura! Hoy soy afable, cariñosa, y para merecer su amor lo seré mas todavia: si, si, mi voluntad será la suya siempre: ¿qué puede ser mas grato que imponerse cualquier sacrificio para parecer bien á la persona que se ama! En adelante nada alterará mi carácter. Juan, Juan, Juan, (Agitando con fuerza la campanilla.) di á Nicolasa que si está el almuerzo del señorito, que ya debe llegar pronto. ¡Ah! mira, y que ponga las tostadas bien cargadas de manteca: oye, y que la crema que he hecho yo esté caliente... Corre, hombre, corre. ¡Uf, qué criados! me hacen desesperar á cada instante.—Oigo pasos, ellos sin duda... (Acercándose á la puerta del foro por donde se fué el criado.) Juan, Juan, avisa á Nicolasa que ya estan aqui.

ESCENA III.

DICHA, D. SERAPIO, RAFAEL, un criado con el equipaje.

SER. Aqui le tienes, aqui le tienes.

RAF. Adios, prima querida. (Ap.) ¡Oh! cada dia mas guapa.

CARL. (Ap.) ¡Cómo ha ganado con los años!

SER. (Ap.) Ambos turbados, mudos... hé ahí la impresion que yo me prometia. (Al criado.) Entra en ese cuarto la maleta. (Váse el criado por la derecha.)

CARL. Por supuesto que ya habias llegado cuando papá...

RAF. Hacia diez minutos.

SER. Figúrate que caminaba yo muy de prisa hácia la casa de diligencias, cuando desde un coche que atravesaba á escape...

RAF. Eso es, le llamé á usted, y aqui estamos.

SER. Oigo una voz, un acento cariñoso que exclama...

CARL. ¡Cuánto me alegro! No he tenido un instante de sosiego desde que supe que salias de Zaragoza.

RAF. Gracias, Carlota. (Ap.) Es mas dulce que un almibar. Y yo que creia...

SER. Tio, tio, exclamó la voz desde el fondo del carruaje, avanzo á él...

CARL. Basta, ya sabemos...

SER. Pues llego, y me encuentro...

RAF. (Rápidamente.) Justo; conmigo, que le abrazo, le pregunto por mi prima, le hago entrar en el carruaje, le mando al cochero arrear, le despido en la puerta, y aqui estamos.

SER. Eso es, eso mismo iba yo á explicar, y la mútua emocion... (Rafael y Carlota dan señales de impaciencia.)

CARL. (Ap.) ¡Oh, qué afan!

RAF. (Ap.) ¡El mismo machacon de hace dos años!

SER. Pero, nada, ya no digo...

CARL. Si, si, es mejor papá, lo que interesa por ahora es que mi primo almuerce y descanse.

SER. ¡Oh! de eso yo me encargo, voy á ver si está el almuerzo dispuesto, y luego le daré conversacion hasta que se duerma.

RAF. (Ap.) ¡Adios sueño!

CARL. Papá, mejor será que sirvan el almuerzo en esta sala, ¿quieres? (Á Rafael.) Junto á mí.

RAF. Es igual, donde tú quieras.

SER. Pues voy al instante.

ESCENA IV.

RAFAEL, CARLOTA.

CARL. Siéntate aqui, á mi lado.

RAF. Con mil amores.

CARL. ¡Qué dicha! volverse á ver despues de tantos años de separacion. ¿Has conservado siempre el recuerdo de nuestra infancia, del dia de tu partida?

RAF. ¡Ya lo creo! En tantos años como he vivido lejos de tí no se ha separado un momento tu imágen de mí pensamiento.

CARL. Yo nada he olvidado tampoco, ni la promesa que te hice de quererte siempre, y ya ves si la cumplo; ni las cachetinas que me tienes dadas.

RAF. ¿Es posible?

CARL. Y tanto. ¡Ay primo! En tu infancia eras de un carácter tan adusto, tan violento... ¿Supongo que ya te habrás corregido de este defecto?

RAF. ¡Puedes dudarlo!

CARL. Siempre querias tener razon, y esto me desesperaba.

RAF. En efecto, recuerdo que eras viva, irascible, que rompias todos tus juguetes cuando se te quitaba cualquier gusto...

CARL. Si, y tú te complacias en quitármelos todos.

RAF. Y tomabas unas rabietas...

CARL. Si, pero nunca pegaba á nadie, ni corria á los criados con un baston, ni daba malas razones.

RAF. ¡Es posible! ¿yo?...

CARL. ¡Ay! si, primo, si, ¡no se podia vivir á tu lado!

RAF. ¡Pues mira, otro tanto decian de tí!

CARL. ¿Sabes que si la reflexion no corrigiese los defectos de la niñez hariamos desgraciados á cuantos viviesen á nuestro lado?

RAF. Cierto: hé ahí por qué me he corregido yo: en adelante no habrá mas voluntad que la tuya.

CARL. Lo mismo ofrezco.

RAF. De modo que nuestras cuestiones pasadas...

CARL. Serán el contraste de nuestra tranquilidad presente.

ESCENA V.

DICHOS, D. SERAPIO y dos CRIADOS, que sirven el almuerzo.

SER. Aqui está ya el almuerzo.

RAF. Bien venido sea: tengo un apetito voraz.

SER. ¡Es posible!

RAE. Figúrese usted: desde anoche á las diez que nos detuvimos á cenar, solo hemos tomado esta mañana una jícara de chocolate en Guadalajara: despues no nos hemos comunicado mas que los viajeros unos con otros, y á decir verdad ninguno llevaba cosa muy sólida que ofrecer.

CARL. ¡Pobre Rafael!

RAF. Qué quieres, al hacernos caminar al vapor debieron suprimir las necesidades de la vida, pues por la pequeñez de comer, de beber ó de tomar una taza de tila si uno se pone malo, no se ha de parar diez minutos la dili-

gencia ó cortar una locomotora la velocidad de su carrera. No, señor; es mucho mas fácil morirse de un cólico ó de hambre.

SER. Tienes razon: antes se viajaba con lentitud, pero era uno dueño de su voluntad. Yo recuerdo que en mi viaje de mil ochocientos treinta...

CARL. Advierto que no tomas gran cosa de esta crema.

RAF. No la quiero; no está bien hecha.

CARL. ¡Ah!

SER. ¡Hombre, pues si precisamente la habia hecho Carlota!

RAF. Perdona, no sabia... si no, hubiera dicho que estaba esquisita.

CARL. Gracias.

SER. Ya ves, solo por obsequiarte: ella no entra jamás en la cocina.

RAF. (Ap.) Se conoce. Supongo que no te enojarás por tan poca cosa.

CARL. No, y en prueba de ello voy á servirte el café.

RAF. No, deja: yo mismo.

CARL. De ningun modo; es gusto mio.

RAF. Como quieras; y en efecto, mejor será que mútuamente nos sirvamos: tomarás café conmigo.

CARL. Corriente.

SER. Y yo os referiré mientras cuando en mil ochocientos treinta en mi viaje á Portugal...

CARL. (Ap.) Dios nos asista.

RAF. (Ap.) ¡Qué posma!

SER. Atravesaba yo montado sobre mi caballo una selva espesa: la noche estaba oscura; los árboles, impulsados por el viento, movian sobre mi cabeza sus ramas deshojadas, y en el espacio retumbaba el huracan, haciendo estremecer las ramas que sobre mi cabeza...

RAF. (Ap.) ¡Otra vez!

SER. De repente, en medio de las tinieblas, veo una luz... acércome pausadamente... era una hoguera: junto á ella distingo dos hombres mal encarados, con barba cerrada...

CARL ¡Papá, por Dios!

SER. Á su lado, y apoyados en las ramas, descubro sus trabucos: se levantan, los toman... no habia duda... habian sentido mi caballo... Monto mis pistolas y... Pero ¿qué es esto? ¿no tomais café?

RAF. Está muy dulce. } (Al tiempo.)
CARL. Está muy amargo. }

SER. Vamos, ya comprendo; el interés de mi relato... Tranquilizaos, nada me sucedió. Aquellos temibles trabucos se convirtieron en escopetas y los bandoleros en honrados cazadores, á quien dí conversacion hasta la madrugada. (Carlota vá á tomar su bastidor.)

RAF. (Ap.) ¡Pobres de ellos!

SER. Pero solo mi valor, mi presencia de ánimo hubiera podido... Y no creas, conservaré siempre las pistolas que en aquel lance...

CARL. (Que ha estado dando señales de impaciencia.) Pues, casi te has quedado sin almorzar.

RAF. No lo sientas, eso no importa: ¿qué bordas?

CARL. Unas zapatillas.

RAF. ¡Qué bien bordadas!

CARL. ¿Te gustan?

RAF. Si, mucho; pero mira, este verde junto á ese azul y con ese amarillo al lado es de muy mal gusto.

CARL. (Ap.) ¿Tambien esto?

RAF. Por lo demas son muy lindas.—¿Es un regalito para papá, eh?

CARL. No por cierto.

RAF. Vamos, ¿son para tí?

CARL. ¡Jesus, hombre! ¿Quieres que tenga yo este pié?

RAF. En efecto, no habia reparado. ¡Oh! tú le tienes precioso. (Mirando el de Carlota.)

CARL. Gracias por la lisonja.

RAF. No lo creas, me pareces muy linda: si no lo fueses, te lo diria con la misma franqueza que te he dicho que no me gustan las zapatillas.

CARL. (Soltando con rabia el bastidor.) Si, ya lo veo; ¡eres muy franco!

RAF. Podia no serlo contigo, que eres mi prima y serás en breve mi mujer.

SER. Tiene razon: con la familia debe haber espansion, franqueza... Yo recuerdo que mi conducta con mi buena esposa...

RAF. Abur.

CARL. Un momento: veo que te diriges al jardin, y como eres forastero voy á servirte de guia. (Tomando su brazo.)

RAF. ¡Con mil amores, ángel mio!

CARL. (Ap.) Es muy amable, á ratos.

ESCENA VI.

D. SERAPIO, contemplándolos con ternura.

¡Hé aqui realizado mi sueño de ventura! Los dos unidos, ligada mas y mas la familia y formando un solo ser los vástagos de los dos hermanos. ¿Con quién podrá ser mas feliz mi Carlota que con aquel que la conoció niña y la profesó siempre un cariño de hermano? ¡Oh! si, ellos serán mi consuelo, mi alegria, el báculo de mi vejez. Al ver que la felicidad se retrata en los ojos de mi hermosa Carlota, al ver que mi buen Rafael se impone todo género de privaciones por complacerla, mis ojos derramarán lágrimas de ternura. Y se las impondrá, si señor, adivinará en sus ojos sus deseos y será esclavo de su voluntad. ¡Pobre de él si no, pobre de él el dia que su mujer derrame una lágrima! Ha de ser tan feliz como fué conmigo su madre, á quien yo sacrificaba todos mis caprichos, y á cuyo lado pasaba las horas refiriéndole los episodios de mi juventud. Cuántas veces exclamó, en un acceso de interés por mí: «basta: ya lo sé, ya me lo has contado,» todo por evitarme... pero yo, nada, nunca la privé del gusto de escucharme... hasta que se murió... En fin, dejemos estos recuerdos y consagrémonos á velar por la felicidad de nuestra hija: yo cuidaré de su dicha, y el dia que advierta... ¡Oh! me sobra energia, valor para... Buena prueba es mi lance del viaje, cuando camino de Portugal...

ESCENA VII.

DICHO, CARLOTA y RAFAEL. Entran sin darse el brazo y van á sentarse cada uno á un ángulo del escenario. Pausa.

SER. ¡Hola! Parece que venis cansados.

RAF. Si.

CARL. No.

SER. ¿Cómo?

CARL. Mi primo creo que tiene sueño.

RAF. Despues de no haber dormido en cuarenta y ocho ho-

ras, no es extraño; pero no he sido yo, ha sido Carlota quien ha querido...

CARL. ¿Cómo es eso? ¿te atreves?... ¡Qué insolencia!

RAF. ¿Conque he sido yo quien ha cortado bruscamente el paseo?

CARL. Pues no, que habré sido yo, que estaba trazando el cuadro de nuestra dicha futura.

SER. Pues no cabe duda que uno de los dos...

CARL. Verás, papá.

RAF. Juzgue usted.

CARL. Ibamos paseando por la calle que conduce á la glorieta...

RAF. Justo; iba asi apoyada en mi brazo, mas bonita...

SER. Déjate de digresiones.

CARL. Llegamos á la glorieta, y allí, á la sombra de la enredadera...

RAF. Propusiste tú, tú, que nos sentaramos.

CARL. Nos sentamos, y cuando yo le pintaba mi cariño, mi inquietud durante su viaje, las infinitas zozobras que me cuesta, mi señor primo no cesaba de bostezar.

RAF. No creo...

CARL. Ya ves qué groseria.

RAF. ¡Prima!

CARL. Pues nada, yo, siempre tolerante, sigo pintando nuestra ventura: me contradice á cada instante, hasta que al fin, cuando yo interpretaba como una galanteria su silencio, vuelvo la cabeza...

RAF. Y estaba dormido.

CARL. Entonces ciega de cólera, de indignacion...

RAF. Justo: entonces mi señora prima me dió un empujon que me hizo besar el suelo.

CARL. Le dije que era un imprudente.

RAF. Y llenándome de improperios echó á correr, sin parar hasta que usted la ha visto.

CARL. Ya ves, papá, si he tenido razon, y si otra menos indulgente...

RAF. No hubiera podido hacer mas que romperme la cabeza, como tú has estado á punto de hacerlo si al caer...

SER. Paréceme, querido Rafael...

RAF. Lo que á mí me parece, querido tio, es que el que se ofende al ver dormir á uno que echó el último sueño á cincuenta y siete leguas de distancia del sitio en que se

encuentra, es un imprudente.

CARL. ¡Yo imprudente! ¿Ves, papá?

SER. Veo que os exaltais por nada. Infinitas veces se durmió mi mujer escuchándome, y yo, hija mia, nunca me incomodé por tan poca cosa. Hasta machacon y pesado recuerdo que se atrevió á llamarme un dia.

RAF. Si, y usted...

SER. Yo le dije que el cariño no autoriza para faltar á la verdad; la dejé dándole un abrazo, y aseguro que se separó de mí muy contenta.

RAF. (Ap.) Lo creo.

SER. Esto me sucedia muy á menudo. ¡Las doce! Voy á despachar el correo. Adios, hijos mios; mucho me complacen estas pruebas de vuestro cariño.

ESCENA VIII.

CARLOTA, RAFAEL. Ambos permanecen callados un instante.

CARL. (Ap.) Si espera que hable.

RAF. (Ap.) Preciso será que yo... (Alto.) Primita, haces el favor de indicarme cuál es mi cuarto...

CARL. Ese. (Señalando el de la derecha)

RAF. (Ap.) Qué concision. ¡Y qué bonita es, si, si, lo que es bonita! ¡pero tiene un genio... el mismo de siempre!

CARL. (Ap.) ¡Y decian que se habia corregido!

RAF. Hasta luego.

CARL. Abur. (Pausa. Rafael se sienta en la butaca.) ¿No te vas?

RAF. Esta es una cama muy cómoda, y si no te incomodo aqui...

CARL. Puedes dormir tranquilo: no chistaré.

RAF. No, mujer, eso seria exigir demasiado, habla, canta, haz lo que quieras; cantar sobre todo: me han dicho que tienes una voz preciosa.

CARL. ¿Si? quién te ha contado...

RAF. Mi padre, que en la temporada que pasó á tu lado, te cobró un cariño... Siempre me estaba hablando de tí.

CARL. (Soltando el bastidor.) ¡Querido tio!

RAF. Y de contínuo me repetia: ¡tiene la voz de un ángel! con mejor oido y no tan mala escuela, seria una notabilidad.

CARL. (Ap.) Vamos, no hay paciencia.

RUF. ¿Conque quieres cantar un poquito? (Sentándose á su lado.)

CARL. No, no, duerme; no quiero distraerte.

RAF. ¡Qué disparate! ya no tengo sueño, y ademas, la música no me incomoda para...

CARL. Por el contrario, te adormece, ¿verdad?

RAF. Casi, casi.

CARL. (Ap.) Vamos, no hay medio de sufrir tanta imprudencia.

RAF. ¿Verdad que en adelante cantarás para mí? ¿para que yo te oiga?

CARL. Si, cantaré... cuando quieras dormir.

RAF. ¡Qué buena eres! ¡cómo te he de querer!

CRRL. ¿De veras?

RAF. ¿Pues no? Me miraré en tus ojos, será ley tu voluntad...

CARL. ¡Allá veremos!

RAF. ¿Cómo veremos? Mándame lo que quieras, rodar que se te antoje.

CARL. No tanto como eso... pero aguarda, ténme esta madeja.

RAF. ¡Vaya una tonteria! pónla en cualquier parte.

CARL. ¡Pues me gusta! Empiezas bien á cumplir tu oferta.

RAF. Yo me ofrezco en cosas de verdadero interés.

CARL. ¡Qué cortés! ¡Qué atento!

RAF. No creo que obligue la cortesia á estar en cruz un cuarto de hora.

CARL. ¡Gran trabajo!

RAF. Ya lo creo, para tí...

CARL. Ni para tí, si tú me quisieras.

RAF. Pero mujer, ¿qué prueba eso?...

CARL. En todo se prueba el cariño, y principalmente complaciendo á la persona amada.

RAF. ¡Vaya por Dios! Venga la madeja.

CARL. ¿Tenerla tú? ¡Nunca! prefiero que no se acaben las zapatillas.

RAF. No se pierde mucho: son bastante feas.

CARL. No habian de ser para tí.

RAF. Ya lo supongo: y ahora que me fijo: ¿para quién son?

CARL. No te importa.

RAF. ¿Cómo que no me importa? esas zapatillas son para un hombre.

CARL. Para mi padre.

RAF. Falso: antes me dijiste que no.

CARL. Pues serán para mí.

RAF. ¿Tienes tú ese pié de kilómetro? ¿Para quién son? pronto, repito que son para un hombre.

CARL. No te equivocas.

RAF. Quiero saber quién es.

CARL. Quiero, quiero... qué despotismo. No te lo diré.

RAF. ¿Que no me lo dirás?

CARL. No, no tienes derecho para preguntarlo.

RAF. ¿No, eh? ahora mismo las voy á hacer pedazos: ¿dónde hay unas tijeras, un cortaplumas?

CARL. ¡Cómo se entiende! Te guardarás bien de tocar á mi bastidor.

RAF. Las haré pedazos, y eso te enseñará á conocer si tiene derecho un marido...

CARL. ¿Y crees que voy á ser tu mujer? ¿que voy á resignarme á tener un marido montaraz, que dice bordo mal, que canto peor, y que quiere tener el derecho de saber cuanto hago? ¡Nunca!

RAF. ¿Cómo que nunca? lo veremos: serás mi mujer aunque rabies tú, aunque se oponga tu padre... aunque se empeñe el mundo entero: soy aragonés y cumpliré mi palabra: seré tu marido.

CARL. No lo esperes. Antes soltera toda mi vida que casarme contigo.

RAE. Te casarás, te casarás, y yo te enseñaré á ser dulce, amable. (Dando un puñetazo en la mesa.)

CARL. ¡Yo esposa de una fiera como tú!

RAF. Si, pues será divertido para mí, tener que sufrir un carácter caprichoso, irascible, violento.

CARL. ¿Esto mas? Papá, papá.

RAF. (Ap.) ¡Qué mal criada!

CARL. (Ap.) Qué grosero. Bien dice el adagio.

RAF. y CARL. (Á un tiempo.) Genio y figura...

ESCENA IX.

DICHOS, D. SERAPIO.

SER. ¿Qué pasa? ¡Qué gritos, qué alboroto!

CARL. Nada, nada, papá; que Rafael recoge su palabra y no se casa.

RAF. Eso es inexacto, Carlota es quien se opone.

CARL. ¡Yo! ¿soy yo quien no quiere sufrir á una mujer caprichosa, irascible?..

SER. Pero hijos mios.

CARL. Responde.

RAF. Pues si señor, lo he dicho y lo sostengo, tienes un genio inaguantable.

CARL. ¿Oyes, papá? ¡Ves qué groseria!

RAF. No es groseria decir la verdad.

CARL. ¡Vamos! si me dejara llevar de mi genio.

SER. Pero Carlotita... reflexiona...

CARL. Calla, calla, papá, no empieces con tus pesadeces.

RAF. (Ap.) Digo, qué tal.

SER. Tú, Rafael, que tendrás mas calma, mas sensatez.

RAF. Ya lo creo.

CARL. ¡Esto mas! ¿Conque te pones de su parte?

RAF. Eso te probará la razon que tienes.

SER. No, hija mia, yo no trato...

CARL. ¡Todos contra mí! ¡Hasta mi mismo padre! (Se sienta sollozando.)

SER. No te aflijas, tontona... si sabes que yo...

CARL. ¡Pobre de mí! en vez de defenderme...

RAF. ¡Vamos, no hay quien sufra!

SER. Tienes razon: tranquilízate y confia en mí, confia en tu padre, que sabrá perder su vida con tal de evitarte el mas leve pesar. Era esto, señor sobrino, lo que debiamos esperar su padre de usted y yo? Sembrar el dolor en el seno de una familia honrada que le brindaba con la dicha?

RAF. (Ap.) Si Dios no me dá paciencia...

SER. En una familia que era la suya.

RAF. Si, señor; una familia, que á pesar de ser la mia, hace tres horas que he llegado, y tres horas que no cesa de atormentarme; una familia que quiere darme la dicha y no me deja comer, dormir ni descansar, el uno con sus pesadeces y la otra con sus infinitos caprichos.

SER. ¡Rafael, Rafael! tú pasas los límites...

RAF. ¡Uf! al fin he podido desahogarme. (Sentándose muy fatigado.)

CARL. Ahora mismo, papá, ahora mismo escribe al tio que se ha deshecho la boda, que no nos casamos.

RAF. Gracias á Dios que dices algo de provecho. Escriba us-

ted al punto.

SER. No, esperad: despues, cuando hayais reflexionado...

CARL. Estoy resuelta.

RAF. Y yo.

SER. Considerad el disgusto que vais á dar á mi pobre hermano con semejante noticia.

CARL. Ya se le pasará.

RAF. Por el contrario, se alegrará mucho cuando yo le explique...

SER. ¡Magnífica idea! Escribidle vosotros diciéndole las causas... (Ap.) Ganaremos tiempo.

RAF. Tiene usted razon: con dos palabras...

SER. Pero no ahora; despues.

CARL. No, al punto.

RAF. Cuanto antes mejor. (Ambos acuden á la mesa y escriben, Carlota en la mesa, y Rafael, volviéndola bruscamente la espalda, en su propia rodilla.)

SER. (Ap.) Dios guie su pluma.

RAF. Tome usted: póngala un sobre.

SER. Veamos. (Lee.) «Querido padre: no me caso con mi pri-»ma porque está muy mal criada.» (Carlota dá señales de impaciencia.)

RAF. Eso basta.

SER. Si, sobra.

CARL. Toma, papá.

SER. (Leyendo.) «Querido tio: no me caso con mi primo porque es un grosero.»

RAF. (Ap.) Se empeñó.

SER. ¡Escribis breve y claro.

RAF. Ahora, puesto que ya hemos arreglado ó desarreglado nuestro asunto, me permitirán ustedes que me vaya á otra parte á comer y á dormir.

SER. Puedes irte cuando gustes.

CARL. Nos dejarás mucha tranquilidad.

RAF. Pues no lo retardo: voy á tomar algunos objetos de la maleta, y al instante... (Ap.) Al fin me hizo faltar á mi palabra. (Váse.)

ESCENA X.

CARLOTA, D. SERAPIO.

CARL. (Que ha seguido á su primo con la vista.) ¡Tómese usted interés por nadie! (Vá á sentarse en la butaca enjugándose las lágrimas.)

SER. ¡Qué chicos! ¡qué chicos! (Ap.) ¿Y cómo le digo yo á mi hermano... cómo le mando estas cartas tan... tan... lacónicas... no, tan imprudentes?

CARL. ¡Decirme que tengo mal genio! ¡yo! Yo bien conozco que á veces me exalto... ¡pero nunca sin razon! Eso no. Mientras que él... ¿qué necesidad tenia de llamarme caprichosa y decirme que mi bordado... y que mi oido, y no sé cuántos insultos?...

SER. Carlota... hija mia...

CARL. ¿Qué quieres?

SER. ¿Qué hago con estas cartas? Porque yo supongo...

CARL. Déjate de suposiciones y haz lo que te han dicho.

SER. ¿Conque está deshecha la boda?

CARL. ¡Deshecha, á Dios gracias!

SER. ¿Á Dios gracias, y lloras?

CARL. ¡Y por qué no he de llorar! ¿Te parece que es agradable haber suspirado tantos años por Rafael, haber querido ser bella para agradar á Rafael, haber aprendido á cantar para Rafael, y encontrarse ahora con que Rafael desaprueba cuanto á mí pertenece y retira su palabra?

SER. Él asegura, por el contrario, que has sido tú quien la ha retirado.

CARL. Miente... es decir, se equivoca. Yo no he dicho...

SER. ¿Pero cuál ha sido la causa?...

CARL. ¡Toma! porque queria saber para quién eran las zapatillas.

SER. ¿Y por eso?...

CARL. Y porque me ha dicho que son horribles, y que yo... ¡Ah! ¡haberle guardado fé tantos años!

SER. ¿Otra vez lloras?

CARL. No, no creas que es por sentimiento de perderle; al contrario, lloro por haberle creido algun dia digno de mi cariño.

SER. ¡Todo es llorar!

CARL. Si, cierot; pero esta es la primera impresion: ya pasará... y luego... ¡Oh, luego verás qué dichosa soy! (Sollozando.)

SER. Lo serás, hija mia, lo serás. Minará el mundo tu padre hasta encontrar un marido tan bueno como él lo fué. Pero tú, hija mia, sé cariñosa, dulce: con la dulzura se domestican las fieras. Por este medio pude yo vivir en paz con tu madre, que tenia tan mal carácter como tú; es decir, como Rafael.

CARL. (Ap.) En efecto, si á mí me fuera fácil...

SER. Pero nada, confia en mi experiencia.

CARL. (Enjugándose las lágrimas.) ¡Oigo pasos: él es!

ESCENA XI.

DICHOS, RAFAEL.

RAF. (Contemplando á Carlota desde la puerta.) ¡Qué lástima que con esa cara!... (Alto.) Querido tio, si me hiciera usted el obsequio de que avisaran un mozo que trasladara mi equipaje.

CARL. ¡Qué dulzura! ¡Hipócrita! (Ap.)

SER. ¿Conque al fin estás decidido á dejarnos?

RAF. Si, tio, si; el tiempo que permanezca en Madrid, que no será mucho, le pasaré en una fonda, en lo cual ganaremos todos.

SER. Como quieras; pero no olvides nunca que fuiste tú quien quisiste marcharte, y que todas nuestras reflexiones fueron inútiles...

RAF. Ya lo sé, tio: pero lo he dicho y no me vuelvo atrás. ¡Soy aragonés! Eso no impide que nos veamos alguna vez. Una cosa es que nuestros caractéres sean opuestos... eso ya pasó, y otra que yo haga justicia á los sentimientos que le adornan.

SER. Querido Rafael, bien sabe Dios que hubiera hecho mil sacrificios por realizar...

RAF. Basta, basta, lo sé: salgo de esta casa; pero salgo de ella sin rencor ni odio: los dias que aqui permanezca serán ustedes mis únicos amigos, y esta casa donde venga á pasar algunos ratos de solaz, (Ap.) no muchos.

CARL. (Ap.) ¡Qué oigo! ¡Ah! si yo acertase...

SER. ¿Será cierto, hijo mio? ¿podremos contar?...

RAF. Si, con cuanto usted quiera: conque si hace usted el favor...

SER. Si, al instante. (Váse.)

RAF. ¡Gracias á Dios! (Ap.)

ESCENA XII.

CARLOTA, RAFAEL.

Carlota toma su bordado y Rafael la contempla unos instantes en silencio.

RAF. (Ap.) ¡Que me haga faltar á mi palabra! ¡Y qué bonita! (Alto.) Conque, prima, ya puedes ir disponiendo lo que gustes para Zaragoza.

CARL. ¿Tan pronto te marchas? (Con dulzura.)

RAF. Solo me detendré lo necesario para descansar y ver algo de la poblacion, que en doce años que la dejé, no dejará de ofrecerme algo de nuevo.

CARL. ¡Ya lo creo! Madrid ha mejorado mucho en edificios, en paseos.

RAF. ¡Viendo lo mas notable!

CARL. Eso es: que te lleven un dia por un lado, otro dia por otro, y en breve lo tienes todo visto.

RAF. ¿Que me lleven, eh? Vamos, si, tomaré un coche...

CARL. No, hombre, que te acompañe algun amigo.

RAF. Bah, bah, primero que los adquiera... tú me indicarás, y en un cochecito...

CARL. Cierto, si, como has dicho piensas venir alguna vez...

RAF. ¿Cómo alguna vez? ¡todos los dias! (Apoyándose en su sillon.) ¡Hola! ¿has reemplazado el color carmesí por el amarillo que tocaba al lado del verde? ¡Ahora si que está bonito!

CARL. ¿Te gusta?

RAF. ¡Mucho! Conque me ofrecias...

CARL. Te ofrecia enseñarte todo lo notable que encierra Madrid... Es decir, indicártelo, para que tú...

RAF. No, mujer, si algun dia tus ocupaciones te permiten acompañarme, yo tendré en ello un placer.

CARL. Bien, se lo diremos á papá, y creo que no se negará á ir con nosotros.

RAF. Pues siendo asi... (Vá á sentarse á su lado y se detiene. Ap.) ¡Cuando recuerdo su genio!

CARL. (Ap.) ¡Si fuera siempre tan amable!

RAF. (Sentándose.) ¿Conque quedamos en que me acompañarás algun dia?

CARL. Si, cuantos quieras: es decir, los que papá disponga, y en ellos, verás, te vienes aqui en cuanto almuerces, tomamos el coche y al Museo, á la Armeria... yo te explicaré mucho de lo que hay allí.

RAF. ¡Hola! Tú sabes...

CARL. De algo le ha de servir á una leer, estudiar... luego á la Castellana; pasearemos á pie, y respondo de que te gustará aquel paseo, punto de reunion de todas las muchachas elegantes y bonitas.

RAF. Allí tienes entonces tu puesto.

CARL. ¡Lisonjero! Nos acompañarás á comer... es decir, si tú quieres.

RAF. ¡Pues no he de querer!

CARL. Y despues de tomar café, al teatro, excepto aquellas noches que prefieras descansar, que entonces, tú sentado en la butaca, yo al piano, y aunque canto mal...

RAF. No recuerdes... ¿qué entiende mi padre...

CARL. Esta es la vida que te haremos pasar los dias que nos favorezcas. ¿Te parece bien?

RAF. ¡Yo lo creo!... ¡Caminar de diversion en diversion, y contigo! Unicamente me hará volver al lado de mi padre la idea de estar enfermo, y ya ves, solo en una fonda...

CARL. ¡Solo! Pues qué, ¿no estamos aqui nosotros? La que rezaba contigo cuando niño, la que te dió siempre el título de hermana, la que pensaba consagrarte todas las horas de su vida, ¿crees que no volaria á tu lado para cuidar de que nada te faltase?

RAF. ¡Si esta muchacha fuese siempre asi! (Ap.)

CARL. Nada importa que ya no nos casemos... para que sea siempre tu prima, tu hermana de la niñez! ¿No crees que Dios te daria la salud si tu hermana se lo rogaba, y otorgaria á mi cariño fraternal los medios de curarte? ¡Oh, si! mi cariño te salvaria, y de este modo, cuando de regreso en tu casa recordases á tu prima, verias que no es tan mala, tan intratable como al principio te pareció.

RAF. No, si mala no me has parecido nunca. Un poco viva de genio... pero yo tambien soy un poco brusco... y...

CARL. No lo creas... á veces...

RAF. No importa: con todo lo que ha pasado hemos aprendido á conocernos tal cual somos.

CARL. Es verdad, y no por eso nos apreciaremos menos.

RAF. ¡Al contrario, mucho mas! Pero te estoy distrayendo, y no te dejo bordar: ¿sabes que dicididamente hace muy bien el carmesí al lado del verde?

CARL. En efecto, veo que tienes gusto en la eleccion de colores. Tambien á mí me gusta mas.

RAF. Y vamos, con franqueza, ¿para quién son esas zapatillas? Ya ves que ya no puedo ofenderme...

CARL. Pues bien, eran para tí.

RAF. ¿Es posible?

CARL. Y tanto, pero como no te gustan...

RAF. ¡Qué error! ¿Quién te ha dicho?... Torpe. (Ap.)

ESCENA XIII.

DICHOS, D. SEPAPIO, un CRIADO.

SER. Entra por el equipaje del señorito.

CARL. }
RAF. } (A un tiempo.) ¿Eh?

SER. Nada, que viene Juan por tu maleta. (Sale el criado.) ¿Adónde la lleva?

RAF. ¿Adónde? no he pensado... por ahí cerca, á la esquina... al lado...

SER. Enfrente tienes una casa de huéspedes.

RAF. ¿Enfrente de este balcon? ¡Bravo! Chico, lleva la maleta á la casa de enfrente, toma la mejor habitacion con vistas á la calle...

CRIADO. Está bien, señorito (Váse.)

ESCENA XIV.

D. SERAPIO, CARLOTA, RAFAEL.

RAF. (Siguiendo al criado hasta la puerta.) ¡Pidan lo que quieran, no repares: yo te sigo al punto. ¡Qué cansado estoy! (Sentándose.) se me cierran los ojos...

SER. Podias haber descansado un rato, y despues...

RAF. Si, casi tiene usted razon! podia... (Levantándose repenti-

namente.) pero no, lo que ha de ser, cuanto antes. Adios, querido tio, Carlota... ¡Qué bonita! (Ap.)

CARL. ¡Se vá! ¡y yo que creia!... (Ap.)

RAF. Pero con un genio tan vivo, tan... Á propósito: ¿tio, puso usted ya en el correo nuestras cartas?

SER. No por cierto, hasta las siete... no tengas cuidado... Ya sabes mi exactitud, y puedes estar tranquilo. Irán las cartas.

CARL. Pues al contrario, papá, yo creo que no las debias mandar... estan demasiado lacónicas... ¿No te parece, Rafael? Se puede decir lo mismo de un modo menos ofensivo.

RAF. Cierto: tú, por ejemplo, puedes decir á mi padre: no me caso con mi primo, porque no me gusta... y porque quiero á otro.

CARL. (Vivamente.) ¡Nunca! ¿Quieres que yo cargue con toda la responsabilidad, que sufra sola el enojo del tio?

SER. En efecto, eso seria...

CARL. Escribe tú, dí que no me quieres porque soy fea ó tonta...

RAF. Yo no miento nunca.

CARL. Pues entonces...

RAF. Vayan las cartas escritas.

SER. No por cierto, yo escribiré...

CARL. ¡Ay! si, papá.

RAF. Si tal, sáquenos usted de este compromiso.

SER. Yo le diré á mi hermano: los chicos no se casan, porque él duerme y ella borda.

CARL. (Riendo.) Eso seria demasiado tonto.

RAF. Pero muy exacto.

CARL. Dirá mi tio que soy una caprichosa.

RAF. Es verdad.

CARL. Y que tú, (Conteniéndose.) y que tú te has acalorado.

RAF. Eso...

SER. Tambien es verdad.

CARL. Pues, ¡nos pondriamos en ridículo! Pero... si tú quieres, yo estoy pronta... haré lo tú quieras.

SER. Todo se reduce á que digan que no habeis tenido razon.

RAF. ¡Qué insulto!

CARL. ¡Ya ves tú!

RAF. (Ap.) Tio, déme usted mi carta.

CARL. (Ap.) Papá, devuélveme...

(D. Serapio saca al tiempo las dos cartas y al tomarlas ambos se echan á reir)

RAF. y CARL. Já, já, já.

SER. Bien decia yo, que ganando tiempo... (Ap.)

RAF. (Pasando al lado de su prima.) ¿Sabes, Carlota, que un carácter como el tuyo expone cada cinco minutos su felicidad?

CARL. ¡Ay, primo, qué de torpezas cometerás si no corriges el tuyo!

RAF. Corregido desde hoy: y para empezar, destruyo esta prueba que me condena. (Vá á romper la carta.)

CARL. Como yo

RAF. No, detente, guardemos estas cartas y serán nuestro correctivo en adelante.

CARL. (Rompiendo la suya) No lo creas: he reflexionado que tengo en mi poder un remedio mas eficaz para corregirte.

RAF. ¿Cuál es?

CARL. Mi cariño y mi dulzura.

RAF. ¡Divina! Y me has hecho faltar á mi palabra dos veces en un dia. El verdadero aragonés no soy yo, es mi cariño.

SER. (Yendo vivamente al foro) Juan, volando, recoge el equipaje del señorito. Siempre acaban asi estas cosas: yo recuerdo que con mi difunta...

CARL. Ahora á almorzar lo que pidas, y á dormir... yo sabré guardar tu sueño. ¿Estás contento?

RAF. De esa manera conseguirás cuanto quieras de mí.

CARL. Asi lo espero.

SER. Yo no... *genio y figura...*

CARL.

No, padre, ese indigno error
de quien cristiano ha nacido,
le verás desvanecido
para gloria de mi amor.
Desde el cielo el Criador
con el mal remedio envia,
y yo en la dulzura mia
su correccion hallaré...
si una palmada á mi fé
sirve de estímulo y guia.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado este proverbio, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 30 de Enero de 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

adrid en 1818.
adrid á vista de pájaro.

egro y Blanco.
inguno se entiende, ó un hombre timido.
obleza contra nobleza.
o es todo oro lo que reluce.

limpia

ropósito de enmienda.
escar á rio revuelto.
or ella y por él.
ara heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
or la puerta del jardin.
oderoso caballero es D. Dinero.
ecados veniales.

Que convido al Coronel!...
uien mucho abarca.
Qué suerte la mia!
Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabetica.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ngélica y Medoro.
rmas de buena ley.
cual mas feo.

laveyina la Gitana.
upido y Marte.
éfiro y Flora.

. Sisenando.
oña Mariquita.
on Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

l Bachiller.
l doctrino.
l ensayo de una ópera.
l calesero y la maja.
l perro del hortelano.
n Ceuta y en Marruecos.
l leon en la ratonera.
l último mono.
nredos de carnaval.
l delirio (drama lírico).
l Postillon de la Rioja (*Música*

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El Corneta.
El hombre feliz.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, rto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico,	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Vereà y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.